

RESEÑA DEL LIBRO
*UNA REVOLUCIÓN LIBERAL
PARA ESPAÑA*
DE JUAN RAMÓN RALLO
(Editorial Deusto, Madrid 2014,
400 páginas)

CRISTÓBAL MATARÁN LÓPEZ*

En unos de los libros indispensables para formarse en el debate de ideas frente a los socialistas, que vienen a ser el 95% de la población del país, Juan Ramón Rallo nos ofrece una visión de lo que el estado dice ser, de lo que en realidad es y de lo que debería convertirse. En un primer momento, Rallo nos ofrece la visión de lo que el estado pregona: la defensa de los pobres y la *justicia social* (concepto que, por cierto, Hayek odiaba). Con datos y cifras, desmonta tan falsa apreciación: el estado vive por y para sí mismo, para el mantenimiento de sus privilegios y de quienes lo justifican. Para ello, no puede obviarse el caso de Suecia, repetido hasta la saciedad por los socialdemócratas de toda Europa como el modelo de estado bueno y bondoso, y, por tanto, en las antípodas del nuestro, basado en un estado fuerte y una economía de mercado con gran margen. Falso. No caben ambas cosas. Estado o mercado. Libertad o socialismo. Rallo explica cómo el estado sueco creció hasta niveles insostenibles (otra palabra defenestrada por el *pensamiento único*) hasta el 70% de su PIB. Pero, a partir de los años 80, fue reduciendo paulatinamente el peso del sector público hasta por debajo del 50% y sin final a la vista.

A continuación, Rallo nos muestra lo que el estado ocupa en nuestra vida, es decir, lo que en realidad es. Con ejemplos de

* Máster en Economía de la Escuela Austriaca por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

diversa índole, nos muestra los despilfarros, especialmente en materia de funcionarios y empleados públicos, a los que el estado vive acostumbrado debido a su propia naturaleza. La solución pasa, por ejemplo, por un estado descentralizado con competencia fiscal entre regiones o, yendo al caso extremo, entre ciudades. De esa forma, se conseguirían dos grandes ventajas. En primer lugar, los ciudadanos serían conscientes del volumen de impuestos que pagarían, ya que los ayuntamientos gestionarían la inmensa mayoría de los impuestos, dejando un tanto por ciento a la gestión común, como la representación internacional o el ejército. Además, los ciudadanos serían más libres de situarse en aquella presión fiscal que más les atraiga. Es complicado que una persona cambie de país solo para pagar menos impuestos, ya que los lazos familiares y culturales con una tierra están siempre presentes. Cambiarse de región dentro del mismo país es algo más sencillo. Pero lo que sería un golpe para los amantes de la fiscalidad alta sería la posibilidad de que los ciudadanos pudieran cambiarse solo unos kilómetros para pagar menos impuestos, dejando en evidencia a los gestores derrochadores.

Así, la pregunta que se formula cualquier persona que ve cómo el estado le atraca en la nómina cada mes sería, ¿cuál sería el tamaño óptimo del estado? ¿Cuántos funcionarios son necesarios? ¿Tendría que ser funcionarios de por vida o podrían ser contrataciones como en cualquier empresa? Rallo ofrece una respuesta tajante, aunque debe ser matizada: el 5% del PIB. Esto supondría reducir el estado actual diez veces. No se llegaría a ello de manera inmediata, sino que sería un proceso de evolución en la sociedad, de que estas se vaya dando cuenta de las ventajas que le ofrece el mercado en la gestión de aquellos sectores que los estados han colmado a lo largo del s. XX. Igualmente, bien podría suceder que la sociedad decidiese que un estado del, por ejemplo, 3% sería más recomendable. No es un modelo exacto sobre el que no quepa variación o experimentación. Sin ir más lejos, la sociedad se basa en la búsqueda de lo mejor mediante métodos de prueba y error, por lo que no puede cerrarse la puerta a cualquier cambio.

A partir de aquí, Rallo comienza la verdadera exposición del libro. Uno a uno, cuan estación de penitencia en un vía crucis, el autor desmota los argumentos sobre por qué el estado es mejor

que el mercado en la provisión de determinados servicios. ¿Quién construiría las carreteras? ¿Podrían los pobres pagarse la sanidad? ¿Sería la educación un bien exclusivo para los hijos de los más pudientes? ¿Qué sucedería con la cultura y el arte? ¿Y con los servicios municipales, como la recogida de basuras? Los argumentos como los monopolios naturales o un elevado coste que fuera inasumible para la ciudadanía son refutados mediante la contraprestación de la gestión privada de sanidad, educación, carreteras, etc., frente a la gestión pública. Sobre todo son de especial interés aquellos capítulos en los que se tratan aquellos sectores que, intervenidos por el Estado del Bienestar, la ciudadanía ha llegado a asumir como algo normal que deban ser provistos por el sector público.

Pese a las reticencias de la mayoría de la población, ya sea por ignorancia o por exacerbado antiliberalismo, la transición hacia la gestión de servicios privados desde sistemas públicos ha tenido diversos ejemplos a lo largo de la historia. No solo los repetidos de Ronald Reagan en Estados Unidos o Margaret Thatcher en Reino Unido, sino otros muchos aún más increíbles y con mayor fuerza. La Polonia post soviética o la Chile de las dos últimas décadas constituyen ejemplos de cómo el camino de la libertad puede, y debe, abrirse camino, con sus consecuentes incrementos de riqueza para todos los estamentos de la población. Sin ir más lejos, la apertura de Polonia al comercio internacional la ha convertido en uno de los grandes destinos de los inversores internacionales en la última década. En cuanto a Chile, su ejemplo de transición hacia un sistema de capitalización individualizada de pensiones constituye el más vigoroso ejemplo de cambio de modelo que condena a la pobreza a la tercera edad frente a la disposición plena y planificación de su propia jubilación.

En definitiva, lo que Rallo plantea es un arsenal de argumentos con los que debatir frente a los deseos de la colectivización de la economía. Lo que debemos asumir es que estamos en una batalla de ideas más que en ninguna otra época, en la que nos jugamos el porvenir de nuestra generación, frente a las posturas que desean volver a las épocas más oscuras de la civilización humana.

